

## CAPITULO III.

VICTORIA DECISIVA.—CONSEJO INDIO.—ATAQUE NOCTURNO.—NEGOCIACIONES CON EL ENEMIGO.—HEROE TLASCALTECA.

1519.

Pudieron los españoles descansar, sin ser perturbados, el día siguiente, y recobrar sus fuerzas despues de la fatiga y del terrible combate del anterior. Pero encontraron suficiente ocupacion en reparar y limpiar sus armas, volviendo á reunir su disminuido acopio de flechas, y poniendo todo en orden, por si la severa leccion que habian dado á los indios no era bastante para escarmantarlos. Al segundo día, como no hubiese recibido Cortés propuesta ninguna de los tlascaltecas, determinó enviar una embajada á su campo, proponiendo una suspension de hostilidades, y expresando la intencion que tenia de visitar la capital como amigo. Eligió para portadores del mensaje á dos de los principales gefes hechos prisioneros en el último encuentro.

Al mismo tiempo, no queriendo dejar á sus soldados en el peligroso estado de inaccion, que el enemigo podia interpretar como resultado de timidez ó falta de fuerza, se puso á la cabeza de la caballería y de aquellas tropas ligeras que eran mas á propósito para el servicio, é hizo una excursion en el país inmediato. Era una region montañosa, formada por una ramificacion de la gran sierra de Tlascala, con florecientes laderas y valles, que ostentaban sembrados de maiz y plantíos de maguey, entre tanto que las eminencias estaban ocupadas por populosas ciudades y aldeas, en una de las cuales, dice el mismo Cortés, que halló tres mil habitaciones (1). Algunos lugares opusieronle una poderosa resistencia, pero él tomó completa venganza devastándolos y asolándolos con el fuego y la espada. Despues de una correría venturosa, volvió cargado de forrajes y provisiones, conduciendo por delante algunos centenares de indios prisioneros. Los trató bondadosamente cuando llegaron al campo, procurando hacerles entender que estos actos de violencia no habian sido dictados

(1) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 52.

Oviedo, que se sirvió mucho de los MSS. de Cortés, señala el número de 39 casas. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.) Tal vez puede explicarse esta diferencia, conque el signo de mil en la aritmética española tiene gran semejanza con el número 9. Anglería que los tuvo tambien presentes, confirma el mayor, y *a priori*, el menor probable.

por sus propios deseos, sino por la política hostil de sus compatriotas. De esta manera esperaba imprimir en los pueblos, por una parte la conviccion de su poder, y por la otra sus amigables intenciones, si encontraba en ellos el mismo espíritu.

Cuando llegó á sus cuarteles ya habian regresado de Tlascala los dos enviados. Habian encontrado á Xicotencatl á distancia de cerca de dos leguas, donde estaba acampado, y dádoles audiencia á la cabeza de sus tropas, diciéndoles volvieran con la contestacion de „que los españoles podian pasar á Tlascala cuando quisiesen; y luego que hubieran llegado allí, se arrancaria la carne de sus cuerpos para sacrificio de los dioses; ó si preferian permanecer en sus cuarteles, les pagaria una visita el día siguiente” (2). Añadieron los embajadores que el gefe indio tenia á su mando un formidable ejército, compuesto de cinco batallones de diez mil hombres cada uno. Eran la flor de los guerreros tlascaltecas, y otomíes reunidos bajo las banderas de sus respectivos gefes, por mandato del senado, que habia resuelto aventurar la suerte de la nacion en una batalla campal, y descargar un golpe decisivo para la exterminacion de los invasores (3).

Este audaz desafio sonó muy desagradablemente en los oidos de los españoles, no preparados á encontrar en sus enemigos un carácter tan pertinaz. Habian tenido bastantes pruebas de su valor y admirables proezas, é iban ahora, en la triste situacion en que se encontraban, á hacer frente á un número mas terrible de combatientes. La guerra, á causa del horrible destino que amenazaba al vencido, presentaba un aspecto espantoso, que oprimia penosamente su espíritu. „Temiamos la muerte,” dice el bravo Bernal Diaz, „porque éramos hombres.” Casi no hubo uno solo en el ejército que no confesara aquella noche sus culpas al reverendo padre Olmedo, que ocupó casi toda ella en administrar la absolucion, y en los otros oficios solemnes de la Iglesia. Armado con los santos sacramentos, se retiró el soldado católico á descansar tranquilamente, preparado para la suerte que pudiera tocarle bajo el estandarte de la cruz (4).

Como el combate era inevitable, resolvió Cortés salir al encuentro del enemigo. Esto tenia un aspecto de confianza, que podia producir el doble objeto de intimidar á los tlascaltecas y alentar á sus soldados, cuyo entusiasmo tal vez

(2) „Que fuésemos á su pueblo adonde está su padre, que allá harian las paces con hartarse de nuestras carnes, y honrar sus dioses con nuestros corazones, y sangre, é que para otro día de mañana veriamos su respuesta.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 64.

(3) Más de un escritor repite la anécdota, de que el general tlascalteca envió al hambriento ejército de los españoles una buena provision de alimentos, tal vez con el fin de que tuvieran fuerzas para el combate. (Gomara, Crónica, cap. 46.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.) No es muy probable este acto de excesiva caballería, y la relacion de Cortés sobre su afortunada excursion, puede explicar mejor la abundancia que reinaba en el campo.

(4) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 52.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 46 y 47.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 64.

to ó proporciones del guerrero, y guarnecidos de una hermosa pendiente de plumaje.

Sus armas se reducian á hondas, arcos, flechas, jabalinas y dardos. Eran excelentes archeros, y podian disparar dos ó tres flechas á un mismo tiempo; pero mas sobresalian en tirar la jabalina. Una especie de esta arma, con una correa atada á ella, que permanecia en la mano del hondero, á fin de que pudiera recobrarla, era especialmente temida por los españoles. La punta de estas varias armas era de hueso, ó de *itzli* (obsidiana), la dura sustancia vitrea ya mencionada, capaz de tomar el filo de una navaja de barba, aunque fácil de embotarse. Sus lanzas y zaetas tambien terminaban frecuentemente en puntas de cobre. En lugar de espada llevaban un grueso y fuerte baston, de cerca de tres piés y medio de largo, en el cual, á distancias regulares, estaban colocadas transversalmente afiladas puntas de *itzli*, arma formidable, y que segun un testigo presencial asegura, de un solo golpe de ella habia visto caer un caballo (10).

Tal era el traje del guerrero azteca, y generalmente del de la gran familia de las naciones que habitaban la mesa del Anáhuac. Algunas partes de su armadura, como las adargas y la cota de algodón ó escaupil, eran tan excelentes, que despues las adoptaron los españoles, juzgándolas iguales á las suyas para proteger al soldado, y superiores en lijereza y comodidad. Eran suficientes para resistir á una flecha ó al golpe de una jabalina, aunque impotentes para las armas de fuego; pero qué armadura no lo es? Probablemente no es exageracion decir que en comodidad, elegancia y fuerza, las armas de los guerreros indios no eran inferiores á las de las naciones mas cultas de la antigüedad (11).

Tan pronto como se avistaron los castellanos, prorumpieron aquellos en alidos de desafio, que se hacian escuchar á pesar de su desagradable y barbárica música, compuesta de atabales y trompetas, con cuyos instrumentos proclamaban sus anticipados triunfos y victorias sobre las despreciables fuerzas de los invasores. Cuando estos hubieron llegado á tiro de flecha, dispararon los indios una multitud de estas, que como una nube pasajera obscureció el sol por un momento cubriendo la tierra á su rededor con montones de piedras y zaetas (12). Pau-

(10) Io viddi che combattendosi un di, diede un Indiano una cortellata a un cauallo sopra il qual era un cauallero con chi combateua, nel petto, che glielo aperce fin alle interiora, et cadde incontanente morto, et il medesimo giorno viddi che un altro Indiano diede un altra cortellata a un altro cauallo su il collo, che se lo gettó morto á i piedi." Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

Yo ví que combatiendo un dia, dió un indio una cuchillada en el pecho á un caballo, sobre el qual estaba un caballero con quien combatia, que lo abrió hasta lo interior, y cayó inmediatamente muerto: y el mismo dia vi otro indio dar una cuchillada á otro caballo en el cuello, que lo dejó tendido á sus piés.

(11) Noticias particulares sobre los vestidos militares y equipos de las tribus americanas que residian en la mesa, pueden encontrarse en Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 101, y sig.—Acosta, lib. 6, cap. 26.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305, et auct. al.

(12) „¡Qué graizo de los honderos! Pues flechas todo el suelo hecho de parva



Lito. calle de la Palma nº 4

SOLDADO AZTECA.

sada, pero intrépidamente la pequeña banda de españoles, continuó su marcha en medio de esta lluvia de flechas, hasta que llegó á la distancia necesaria para disparar con fruto sus armas. Entonces hizo alto, y formándose tan pronto como pudo, rompió un fuego bien dirigido por toda la línea. Cada tiro era un mensajero de la muerte, y las filas de los indios eran arrolladas antes que los de la retaguardia pudieran, segun su costumbre, retirar á los heridos del campo. Mezcladas las balas con pedazos de las rotas armaduras y con los miembros mutilados de los guerreros, atravesaban las columnas, esparciendo estrago y desolacion. Quedaron los bárbaros suspensos y aterrorizados, hasta que movidos de sus intolerables sufrimientos, prorumpieron simultáneamente en espantosos gritos de guerra, y cargaron sobre los cristianos.

Cayeron como la nieve que descende de las montañas, ó como un torrente impetuoso, que conmueve la sólida tierra y destruye todos los obstáculos que encuentra á su paso. El pequeño ejército de españoles opuso un atrevido dique á las masas numerosas; pero ninguna fuerza podia resistirlas. Vacilaron aquellos, cedieron, fueron rechazados y puestos en desórden. En vano el general los excitaba á volverse á unir y estrechar las filas. Ahogábase su voz en el ruido del combate y en los feroces gritos de los enemigos. Por un momento se creyó que todo estaba perdido: la fortuna se habia mostrado adversa, y estaba sellado el destino de los cristianos.

Cada soldado sentia esto en su pecho, y le hablaba mas alto que la voz del gefe. Con todo, la desesperacion dió una fuerza sobrenatural á su brazo. El desnudo cuerpo del indio no oponia resistencia al afilado acero de Toledo, y merced á sus buenas espadas, la infantería española logró al fin detener el torrente devastador. Los cañones de grueso calibre desde alguna distancia destrozaban el flanco del enemigo, que vacilando con la tempestad de balas fué puesto en desórden. Su mismo número aumentaba la confusion, pues todos se agolpaban al frente. En este momento, cargando valerosamente la caballería, al mando de Cortés, dobló las ventajas, y al fin obligó á la indisciplinada multitud á retroceder con mayor precipitacion y desórden del que habian traído.

Más de una vez, en el curso de la accion, intentaron los tlascaltecas otro ataque semejante; pero siempre con menos ánimo y mayor pérdida. Eran demasiado inexpertos en la ciencia militar para sacar provecho de su superioridad en número. Estaban distribuidos, es verdad, en compañías, sirviendo cada una bajo su gefe y estandarte particular; pero no iban ordenados en filas é hileras, y se movian en confusas masas indistintamente aglomeradas. No conocian cómo concentrar cierto número en un punto dado, ni cómo sostener un asalto, empleando sucesivos destacamentos para sostenerse y aliviarse unos á los otros. Solo una parte muy pequeña del ejército podia ponerse en contacto con un enemigo inferior á él en fuerzas. El resto, permaneciendo inactivo, y mas que in-

varas todas de á dos gajos, que pasan cualquiera arma, y las entrañas adonde no hay defensa." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 65.

útil, á la espalda, servia únicamente para abrumar á la vanguardia, y embarazar sus movimientos con el mismo peso de su número, mientras que á la menor alarma eran sobrecogidos de un pánico terror, y se introducía en todo el ejército una confusión de que no era fácil salir. Era en suma el combate de los griegos y persas renovado.

Sin embargo, la gran superioridad numérica de los indios pudiera, supuesta una excesiva pérdida, haberlos hecho triunfar de la constancia de los españoles, debilitados por sus heridas é incesantes fatigas; pero afortunadamente para estos se originaron algunas disensiones entre sus enemigos. Un gefe tlascalteca que mandaba una de las grandes divisiones, estaba ofendido del altivo porte de Xicotencatl, quien le habia acusado de haberse conducido mal y cobardemente en la última acción. El injuriado cacique desafió á su ofensor á un singular combate, que no se verificó; pero ardiendo en su alma el deseo de vengarse, eligió la ocasión presente para saciarlo, retirando sus tropas del campo, que ascendían á diez mil hombres, y persuadiendo también á otro comandante á seguir su ejemplo.

Reducido así Xicotencatl á la mitad de su primera fuerza, y ésta sumamente quebrantada con las pérdidas del día, no pudo mantener el terreno contra los cristianos. Después de disputar el campo con admirable valor por cuatro horas, se retiró y lo abandonó al enemigo. Los españoles estaban muy fatigados, y muchos imposibilitados por sus heridas. Así fué que, satisfecho Cortés con la decisiva victoria que habia obtenido, volvió triunfante á su posición sobre el cerro de Tzompach.

El número de muertos en sus filas fué muy corto, no obstante la gran pérdida que sufrió el enemigo. Esos pocos cuidó mucho de que se sepultasen donde no pudieran ser descubiertos, deseando ocultar no solo el número de cadáveres, sino el hecho de que los hombres blancos eran mortales (13). Pero muchos de los soldados y todos los caballos estaban heridos. Los sufrimientos de los españoles se aumentaban por la falta de varias cosas importantes para ellos en tan angustiadas circunstancias. Carecían de aceite y sal, que como antes se ha dicho, no podia obtenerse en Tlascala. Su vestido, dispuesto para un clima templado, no era á propósito para el aire penetrante de las montañas; y los arcos y flechas, como observa Bernal Diaz, con ironía, ofrecían no muy buena protección contra las inclemencias del tiempo (14).

(13) Así lo dice Bernal Diaz, que al mismo tiempo con las palabras, *los muertos, los cuerpos*, claramente contradice su anterior asercion de que solo un cristiano murió en el combate. (Hist. de la conquista, cap. 65.) Ni aun eso se digna confesar Cortés.

(14) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 52.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 6.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 46.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 32.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 65 y 66.

El animado y caballeresco sentimiento que aparece en la ruda composición del último, le hace mejor pintor que sus mas correctos y clásicos rivales; y si en sus es-

No obstante, habia en los acontecimientos de aquella jornada mucho que debiera alentarlos, y en ellos podían encontrar fundamento suficiente para confiar en sus propios recursos, aunque ese resultado no autorizaba el desprecio hácia su adversario indio. Solo y con las mismas armas podia haberse sostenido contra el español (15); pero los sucesos del día habian manifestado la superioridad de la ciencia y disciplina sobre el número y el simple valor físico. Se renovaba, como se ha dicho, la antigua batalla del europeo y el asiático, con la diferencia de que el puñado de griegos que derrotó las huestes de Xerxes y Darío, no tenia ventajas tan notorias en cuanto á sus armas, como los españoles en esta guerra. El uso de las de fuego dábales una superioridad que no puede estimarse fácilmente; tan grande, que un combate entre naciones igualmente civilizadas, que fuese comparable en todo lo demas al que tuvo lugar entre los españoles y tlascaltecas, seria probablemente acompañado del mismo desenlace. A esto debe agregarse el efecto producido por la caballería. Las naciones del Anáhuac no tenían animales domésticos corpulentos, ni conocían las bestias de carga. Su imaginación se alucinó cuando vieron la extraña aparición del caballo y el jinete, moviéndose unísonos y obedientes á un solo impulso, cual si estuvieran poseídos de una naturaleza comun; y como vieron al terrible animal con su „cuello acompañado del trueno,” trastornando los escuadrones y envolviéndolos en el polvo, no es de admirar que le rodeasen del misterioso terror que se siente por un ser sobrenatural. Una reflexión muy ligera sobre los muchos grados de superioridad, tanto física como moral, poseída por los españoles en esta lucha, explicará seguramente su resultado sin ninguna comparación injuriosa al valor ó capacidad de sus contrarios (16).

Cortés, creyendo que era la ocasión favorable, mandó una nueva misión á la capital, encargada del mismo mensaje que la que habia enviado recientemente al campo; pero el senado no estaba todavía suficientemente humillado. La última derrota causó, en verdad, una consternación general: Maxixcatzin, uno de los cuatro grandes señores que gobernaban la república, reiteró con gran fuerza

critos se advierte el tono de uno que se complace con el *quorum pars magna fui*, puede perdonarse al héroe de mas de cien batallas, y casi otras tantas heridas.

(15) El conquistador anónimo, da un testimonio enfático del valor de los indios, expresando casos en que vió á un solo guerrero defenderse por largo tiempo de dos, tres y aun cuatro españoles. „Sono fra loro di valentissimi huomini et che ossano morir ostinatissimamente. Et io ho veduto un d'essi difendersi valentemente da duoi cavalli leggieri, et un altro da tre, et quattro.” Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

Hay entre ellos hombres valentísimos, que osan morir obstinadamente, y yo he visto á uno de estos defenderse valientemente de dos ligeros caballos, y á otro de tres y cuatro.

(16) El espantoso efecto, producido en los nativos por la caballería, trae á la memoria la confusión que introdujo en las legiones romanas la extraña apariencia de los elefantes, en sus primeros encuentros con Pirro, segun refiere Plutarco en la vida de este príncipe.

los argumentos que antes expuso para abrazar la ofrecida alianza de los extranjeros. Los ejércitos del estado, dijo, habían sido frecuentemente derrotados, para poder lisonjearse con esperanzas fundadas de una venturosa resistencia, y se extendió hablando sobre la generosidad mostrada por el político conquistador hacia sus prisioneros, tan desusada en el Anáhuac, como una razón adicional para admitir la alianza de hombres que tan bien conocían el modo de ser amigos como enemigos.

Pero fué contrariada su opinión por el partido belicoso, cuya animosidad mas bien se había exaltado que abatido con la última derrota, y cuyos sentimientos hostiles eran alimentados por el joven Xicotencatl, que deseaba una ocasión en que reparar su desgracia y lavar la mancha que por la primera vez había caído sobre las armas de la república.

En este estado de indecisión ocurrieron al auxilio de los sacerdotes, cuya autoridad era frecuentemente invocada en las deliberaciones de los gefes americanos. Preguntaron con alguna sencillez á estos intérpretes del destino, ¿si los extranjeros eran seres sobrenaturales, ó hombres de carne y hueso como ellos mismos? Dícese que los sacerdotes, despues de consultar algun tiempo, dieron la respuesta mas extraña: que los españoles, aunque no dioses, eran hijos del sol: que derivaban su fuerza de este refulgente lumínar; y que cuando se opacaran sus rayos faltaria el poder de aquellos. Recomendaron, por lo mismo, un ataque nocturno como el que les ofrecía la mejor esperanza de buen suceso. Esta contestación aparentemente pueril, puede haber envuelto mas astucia que credulidad. No es improbable hubiese sido sugerida por el mismo Xicotencatl, ó por los caciques partidarios suyos, para inducir al pueblo á tomar una medida contraria á los usos militares, y aun puede decirse al derecho público del Anáhuac. Ora fuese el fruto del artificio, ora el de la superstición, prevaleció tal consejo; y se autorizó al general tlascalteca para que á la cabeza de diez mil guerreros aventurase un asalto por la noche en el campo cristiano.

Fué este plan conducido con tanto secreto, que no llegó á oídos de los españoles; pero su caudillo no era de aquellos que por entregarse al sueño ó al descanso pueden ser sorprendidos. Afortunadamente la noche que se señaló para el ataque estaba alumbrada por la plateada luz de una luna de otoño, y uno de los vigilantes percibió con la claridad de aquella á distancia considerable, el numeroso ejército de indios que se dirigía al campamento cristiano. Inmediatamente puso en alarma á la guarnición.

Los españoles dormían, como se ha dicho, con sus armas al lado, mientras que los caballos estaban atados cerca de ellos, siempre ensillados y con la brida pendiente del arzon. En cinco minutos todo el campo se hallaba sobre las armas, y pronto vieron las densas columnas enemigas que avanzaban cautelosamente por la pradera, sobresaliendo sus cabezas por el crecido maíz con que en parte estaba cubierta la tierra. Cortés determinó no esperar el asalto en sus atrincheramientos, sino salir y atacar al enemigo cuando hubiera llegado á la falda de la colina.

Poco á poco y ocultamente avanzaban los tlascaltecas, mientras que el campo

cristiano, guardando un profundo silencio, parecía sepultado en el sueño; pero no bien habían llegado aquellos al pié del cerro, cuando fueron sorprendidos por el terrible grito de guerra de los españoles, seguido de la instantánea aparición de todo el ejército, que salió de sus fortificaciones y descendió por las laderas. Blandiendo en alto sus armas parecieron á la turbada fantasía de los tlascaltecas otros tantos espectros ó demonios que se precipitaban en el aire aquí y allá, al paso que la pálida luz de la luna engrandecía su número y daba al caballo y al cabalgador dimensiones gigantescas y sobrenaturales.

Poseídos los indios de un terror pánico, casi sin esperar el choque de sus adversarios, arrojaron una débil descarga de flechas, y sin oponer mas resistencia huyeron rápida y desordenadamente por la llanura. Pronto la caballería alcanzó á los fugitivos atropellándolos y haciéndolos pedazos sin piedad, hasta que cansado Cortés de la carnicería, retiró á sus soldados, dejando el campo sembrado de sangrientos trofeos de victoria (17).

Al día siguiente, con la política que acostumbraba usar despues de haber dado un golpe decisivo, mandó una nueva embajada á la capital de Tlascala, comunicando á los mensajeros sus instrucciones por medio de la intérprete Marina. Esta extraordinaria muger era objeto de la admiración general por la constancia y heroicidad con que sufría todas las privaciones del campo. Lejos de manifestar la natural debilidad y timidez de su sexo, no excusaba ningun trabajo, y se esforzaba en alentar el desfallecido espíritu de los soldados, al mismo tiempo que siempre que se le ofrecía ocasión, se ocupaba en mitigar las calamidades de sus compatriotas indios (18).

Por medio de esta fiel intérprete transmitió Cortés los términos de su mensaje á los enviados á Tlascala. Hizo las mismas protestas de amistad que antes, prometiendo olvidar todas las injurias pasadas; pero que si esa oferta era rechazada, visitaria la capital como conquistador, arrasando los edificios hasta sus cimientos, y poniendo al filo de la espada á todos los habitantes. Despachó entonces á los embajadores con los simbólicos presentes de una carta en una mano y una zaeta en la otra.

Obtuvieron audiencia respetuosa del consejo, al que encontraron en el mayor abatimiento por sus últimos reveses. El mal suceso del ataque nocturno había extinguido en los tlascaltecas todo vislumbre de esperanza. Sus ejércitos habían sido derrotados una y mas veces en el campo y en secretas em-

(17) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 53 y 54.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.—P. Mártir de Angleria, de Orbe Novo, déc. 2, cap. 2.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 32.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 8.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 66.

(18) „Digamos como Doña Marina, con ser muger de la tierra, que esfuerzo tan varonil tenia, que con oír cada día que nos habían de matar, y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos, y dolientes, jamas vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de muger.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 66.

boscadas. La estratagema y el valor, todos sus recursos habian resultado ineficaces, contra un enemigo cuyo brazo nunca se cansaba, cuyos ojos jamas se cerraban. No quedaba mas arbitrio que el de someterse. Eligieron cuatro caciques principales, á quienes confiaron la mision para el campo cristiano. Iban encargados de asegurar á los extranjeros que se les permitiría atravesar libremente el pais, y que serian recibidos amistosamente en la capital. Aceptábase cordialmente la ofrecida amistad de los españoles con muchas torpes excusas por lo pasado. Los enviados debian á su tránsito tocar en el campo republicano, é informar á Xicotencatl del objeto de su mision; debian prevenirle al mismo tiempo se abstuviese de ulteriores hostilidades, y proporcionase á los hombres blancos amplio abasto de provisiones.

Pero los diputados tlascaltecas, cuando llegaron á los cuarteles de aquel gefe, no le encontraron dispuesto á cumplir con estas instrucciones. Los repetidos encuentros que habia tenido con los españoles, ó puede ser muy bien, su valor natural, le hacian sobreponerse al error comun de sus compatriotas. Miraba á los extranjeros no como á seres sobrenaturales, sino como á hombres iguales á él. La animosidad del guerrero habia degenerado en un odio mortal á los españoles, por los abatimientos que habia sufrido de ellos; y su imaginacion estaba ideando continuamente planes para recobrar su honor mancillado, y tomar venganza de los invasores de su pais. Rehusó disolver parte alguna de la fuerza todavia formidable que estaba á sus órdenes, y enviar socorros al campo enemigo. Persuadió ademas á los embajadores á permanecer en sus cuarteles, y retardar la visita á los cristianos, quienes por consecuencia quedaron ignorantes de los movimientos que en su favor habian tenido lugar en la capital de Tlascala (19).

La conducta de Xicotencatl es condenada por los escritores castellanos como la de un bárbaro, feroz y sanguinario. Es natural que así la considerasen; pero aquellos que estén libres de las preocupaciones nacionales que ofuscan la razon, tal vez la interpretarán de otra manera. Acaso encontrarán mucho que admirar en ese elevado é indómito espíritu, semejante á una orgullosa columna que sola se levanta magestuosamente entre los fragmentos y ruinas que la rodean. Verán quizá pruebas de un claro y previsor entendimiento, que penetrando por el ligero velo de la insidiosa amistad ofrecida por los españoles, é internándose en lo futuro, distinguia los males que habian de sobrevenir á su pais; el noble patriotismo de un héroe que queria á toda costa salvar á su patria, y que en medio de la ignorancia en que estaba sumergida la nacion, queria infundirle su intrépido espíritu, para animarla á aventurar la última lucha por su independencia.

(19) Ibid., cap. 67.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

#### CAPITULO IV.

DESCONTENTOS EN EL EJERCITO.—ESPIAS TLASCALTECAS.—PAZ CON LA REPUBLICA.—EMBAJADA DE MONTEZUMA.

1519.

Deseoso Cortés de aumentar el terror del nombre castellano con no dejar respirar al enemigo, el mismo dia que despachó la embajada á Tlascala se puso á la cabeza de un pequeño cuerpo de caballería y tropas ligeras, para hacer una incursion en el pais inmediato. Estaba entonces tan malo de calenturas y tan debilitado por las medicinas (1), que apenas podia tenerse en la silla. Era un pais quebrado; y los fuertes vientos que venian de las heladas cimas de las montañas, penetraban los ligeros vestidos de la tropa, y traspasaban de frio á los hombres y á los caballos. Cuatro de estos se enfermaron, y el general, temeroso de perderlos, los volvió al campo. Los soldados, desalentados por tan mal augurio, quisieron persuadirle á volverse, pero él contestó: „Pelemos bajo el estandarte de la cruz; Dios es mas fuerte que la naturaleza,” (2) y continuó su marcha.

Caminó por la misma clase de paisaje, alternado de áridas colinas y praderas cultivadas como las ya descritas, pobladas de ciudades y aldeas, algunas de ellas puestos fronterizos ocupados por los otomíes. Poniendo en práctica la máxima romana de usar de lenidad con el enemigo sumiso, tomó entera venganza de los que le resistian, y como esto ocurrió con demasiada frecuencia, marcó su camino con el fuego y la desolacion. Despues de una corta ausencia volvió salvo, y cargado con el botin de una escursion venturosa. Hubiérale sido mas honroso haberse conducido con menos rigor. Bernal Diaz imputa los excesos á los indios aliados, á quienes en el calor de la victoria era imposible contener (3); pero parece que el general poco se desasosegaba, fuera quien fue-

(1). El efecto de la medicina, aunque aplicada en gran dosis, segun Diaz, se suspendió durante los activos esfuerzos del general. Sin embargo, Gomara no considera esto como un milagro. (Crónica, cap. 49.) El padre Sandoval lo considera como tal. (Hist. de Carlos V, tom. I, p. 127.) Solís, despues de un escrupuloso exámen de este dudoso asunto, lo decide, no obstante lo extraño que pueda parecer contra aquel. Conquista, lib. 2, cap. 20.

(2) „Dios es sobre natura.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 54.

(3) Hist. de la conquista, cap. 64.

No así Cortés, quien claramente dice: „Quemé mas de diez pueblos.” (Ibid.,